

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

4.<sup>a</sup> EDICIÓN



VOLVER  
A JESÚS

*Hacia la renovación  
de las parroquias  
y comunidades*

PPC  


VOLVER A JESÚS  
HACIA LA RENOVACIÓN  
DE PARROQUIAS Y COMUNIDADES

José Antonio Pagola



*Primera edición: abril 2014*

*Segunda edición: julio 2014*

*Tercera edición: octubre 2014*

*Cuarta edición: marzo 2015*

Diseño de cubierta: Jose Ignacio Molano / Estudio SM

Fotografía: *Viento* (detalle), de Martín Chirino

© 2014, José Antonio Pagola

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN: 978-84-228-2717-1

Depósito legal: M-8.784-2014

Impreso en la UE – *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	5
1. LA RENOVACIÓN PASTORAL DESPUÉS DEL VATICANO II .....	11
1. Crisis de la pastoral de transmisión .....	11
2. La búsqueda de nuevos caminos de acción pastoral .....	13
a) Pastoral de acogida .....	14
b) Pastoral de propuesta de la fe .....	15
c) Pastoral de diálogo .....	18
2. LA RENOVACIÓN PARALIZADA POR EL MIEDO .....	21
1. La reacción de autodefensa .....	22
2. La opción por el restauracionismo .....	24
3. La pasividad del pueblo cristiano .....	26
3. LLAMADOS A UNA RENOVACIÓN EVANGÉLICA DE LA IGLESIA .....	29
1. Recuperar la frescura original del Evangelio ....	31
a) Volver al encuentro personal con Jesucristo...	31
b) Vivir y anunciar lo esencial del Evangelio ....	33
c) El reino de Dios nos reclama.....	35
2. Formas desvirtuadas de cristianismo.....	37
a) Mundanidad espiritual .....	37

b) Formas poco sanas de espiritualidad.....	39
c) Estilos de vida que obstaculizan la renovación evangélica .....	40
d) La guerra entre nosotros .....	41
3. El camino concreto hacia la conversión de la Iglesia .....	42
a) Salir hacia las periferias existenciales.....	43
b) Algunos medios concretos para impulsar la renovación .....	45
4. VOLVER A JESÚS, EL CRISTO .....	49
1. Convertirnos a Jesucristo .....	50
2. Nueva relación con Jesús.....	52
3. Introducir la verdad de Jesús en nuestro cristianismo .....	53
4. Recuperar la identidad de discípulos y seguidores de Jesús .....	56
5. Reavivar la esperanza en Cristo, resucitado por Dios .....	59
5. LIBERAR LA FUERZA DEL EVANGELIO .....	63
1. El Evangelio atrapado por la crisis religiosa .....	63
2. La fuerza del Evangelio en las primeras comunidades .....	65
3. Contacto directo e inmediato con el Evangelio ..	67

4. Acoger juntos la alegría del Evangelio .....	69
5. Entrar por el camino abierto por Jesús .....	70
6. La fe cristiana como estilo de vida .....	73
6. RECUPERAR EL PROYECTO HUMANIZADOR	
DE DIOS .....	77
1. El proyecto humanizador del Padre .....	78
2. El reino de Dios como horizonte de las comunidades .....	80
3. Recuperar la dimensión histórica y social del reino de Dios .....	84
4. La compasión como principio de actuación .....	88
5. Los últimos han de ser los primeros .....	91
7. REAVIVAR EL ESPÍRITU PROFÉTICO DE JESÚS	
EN LAS COMUNIDADES .....	95
1. Cuidar el espíritu profético de Jesús.....	95
a) Presencia alternativa .....	97
b) Indignación profética .....	98
c) Llamada a la esperanza .....	100
2. Abrir caminos a la acción profética del pueblo de Dios .....	102
a) Romper silencios .....	104
b) Liberarnos de miedos .....	105
c) Reavivar la esperanza .....	106

8. UNA PROPUESTA CONCRETA:	
LOS «GRUPOS DE JESÚS» .....	109
1. Volver juntos a Jesús, el Cristo .....	110
2. Reunidos en el nombre de Jesús .....	111
3. Espacio de conversión .....	112
4. Acogiendo juntos la alegría del Evangelio .....	113
5. Comprometidos en el proyecto del reino de Dios .....	114
6. Construyendo la Iglesia de Jesús .....	115
7. En un clima fraterno y amistoso .....	117
8. Responsabilidad y creatividad de los laicos .....	118
9. Al terminar el recorrido .....	119

## PRESENTACIÓN

En los países europeos estamos viviendo unos tiempos decisivos para el futuro de la fe entre nosotros. En estos momentos en que se está produciendo un cambio socio-cultural sin precedentes, la Iglesia necesita una conversión sin precedentes, un «corazón nuevo» para vivir y comunicar la Buena Noticia de Jesús con más verdad y más fidelidad a su persona, su mensaje y su proyecto del reino de Dios.

Si en los próximos años no se promueve en nuestras parroquias y comunidades un clima de conversión humilde y gozosa a Jesucristo, es fácil que veamos cómo la fe se va extinguiendo poco a poco entre nosotros y cómo nuestro cristianismo multi-secular se va diluyendo en formas religiosas cada vez más decadentes y sectarias, y cada vez más alejadas del movimiento de seguidores inspirado y querido por Jesús.

Desde los primeros días de su servicio, el papa ha levantado su voz para sacudir la conciencia de una Iglesia a la que ve muy encerrada en sí misma, paralizada por los miedos y demasiado alejada de los problemas y sufrimientos que viven las gentes. Por eso, a los pocos meses ha escrito su exhortación apostólica *La alegría del Evangelio* [*Evangelii gaudium*], invitando a todos los cristianos a impulsar «una nueva etapa evangelizadora» marcada por la alegría del Evangelio y la conversión a Jesucristo.



El papa no está pensando solo en un *aggiornamento* o adaptación de la Iglesia a los tiempos de hoy. Tampoco se detiene solo en recuperar el horizonte, el espíritu y las líneas de fuerza del Vaticano II. Francisco nos llama a una conversión más radical: «Volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio», y volver a Jesucristo, que «puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad» (*Evangelii gaudium* [EG] 11).

El objetivo de este pequeño libro es muy concreto: ayudar a las parroquias y comunidades cristianas a responder de manera lúcida, responsable y entusiasta a la llamada del papa. Es muy importante la reforma de las instancias centrales del Vaticano, la renovación del servicio de Pedro o la actuación de las Conferencias episcopales, pero la verdadera conversión de la Iglesia se decidirá, sobre todo, en las parroquias y comunidades.

Es el momento de movilizarnos, aunar esfuerzos e iniciar la reacción. El papa nos invita a aplicar sus orientaciones «con generosidad y valentía», «sin prohibiciones ni miedos». Quiere contagiarnos su espíritu renovador y su fe en la conversión a Jesús y su Evangelio: «Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras fuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “Dadles vosotros de comer” (Marcos 6,37)».

El Concilio Vaticano II creó un clima general de renovación en las comunidades cristianas en el que el pueblo de Dios

acogió con alegría grande la reforma de la liturgia, la celebración de la eucaristía en la lengua de cada pueblo y la mayor valoración de la Palabra de Dios. En el capítulo primero resumo brevemente la búsqueda de nuevos caminos pastorales que se vivió a partir del Concilio, cuando la crisis de fe comenzaba ya a dejarse sentir con fuerza. No hemos de olvidar que en no pocas parroquias se abrieron caminos nuevos a una acción pastoral más acogedora, más dialogante y más atenta a las nuevas situaciones de los creyentes.

Sin embargo, los esfuerzos de renovación, impulsados desde el espíritu del Concilio, se han ido paralizando a lo largo de los años. La congelación del espíritu conciliar y el crecimiento imparable de la crisis de fe ha hecho que muchos de aquellos cristianos que acogieron con alegría y entusiasmo la renovación del Concilio hayan vivido estas últimas décadas sumidos en la decepción, el desengaño y la tristeza. En el capítulo segundo tomo nota brevemente de tres «hechos mayores» que, en estos momentos, es posible percibir en no pocas parroquias y comunidades: la reacción de autodefensa, la opción por el restauracionismo y la pasividad generalizada del pueblo de Dios.

El papa Francisco ha generado en poco tiempo unas expectativas insospechadas hace solo unos meses, rompiendo la dinámica en la que hemos vivido estos últimos años y creando un clima nuevo de esperanza en las gentes de nuestras parroquias y comunidades. En el capítulo tercero expongo de modo resumido la llamada que nos hace el papa a impulsar una nueva etapa evangelizadora y los caminos que nos sugiere para la marcha de la Iglesia en los próximos años: recuperar

la frescura original del Evangelio como objetivo; liberarnos de formas desvirtuadas de cristianismo; caminar hacia una conversión pastoral y misionera.

La llamada del papa se concreta en un objetivo primordial. La conversión que hemos de promover en esta nueva etapa evangelizadora consiste sencillamente en volver a Jesús. Así afirma el papa: «La Iglesia ha de llevar a Jesús [...] Si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta». Por eso es necesario que en las parroquias y comunidades veamos con claridad cómo hemos de impulsar esta conversión a Jesús, el Cristo. En el capítulo cuarto ofrezco unas reflexiones básicas: convertirnos a Jesucristo; promover una relación nueva con Jesús; introducir la verdad de Jesús en nuestro cristianismo; reavivar la fuerza de la esperanza en Cristo resucitado.

¿Dónde encontrar en el interior de nuestras parroquias y comunidades la fuerza espiritual necesaria para desencadenar la conversión a Jesús? El papa Francisco nos marca el camino: «Volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio». En el capítulo quinto propongo brevemente unas orientaciones para liberar la fuerza del Evangelio en nuestras comunidades: el Evangelio atrapado por la crisis religiosa; la fuerza del Evangelio en las primeras comunidades; buscar el contacto directo e inmediato con el Evangelio; acoger juntos la alegría del Evangelio; entrar por el camino abierto por Jesús; la fe como estilo de vida.

El papa Francisco sabe muy bien que el Evangelio es mucho más que un mensaje verbal. Por eso nos recuerda que «el proyecto de Jesús es instaurar el reino de su Padre». En nuestras

parroquias y comunidades hemos de tomar conciencia de que «el reino de Dios nos reclama». No podemos encerrarnos exclusivamente en nuestra práctica religiosa. Hemos de poner nuestras comunidades al servicio del proyecto humanizador del Padre. En el capítulo sexto ofrezco algunas reflexiones para orientar nuestro trabajo: el proyecto humanizador del Padre; el reino de Dios como horizonte de nuestras comunidades; recuperar la dimensión histórica y social del reino de Dios; la compasión como principio de actuación; los últimos han de ser los primeros.

La renovación que necesitan hoy nuestras parroquias y comunidades no llegará por vía institucional, sino por caminos abiertos por el Espíritu. El papa Francisco nos advierte de que ninguna renovación será posible «si no arde en nuestros corazones el fuego del Espíritu». En nuestras comunidades estamos viviendo casi sin espíritu profético. En el capítulo séptimo sugiero algunas reflexiones sencillas: en primer lugar, para comprometernos a trabajar por el reino de Dios y su justicia con nuestra presencia alternativa, la indignación y el aliento de esperanza, propios del espíritu profético de Jesús; en segundo lugar, para abrir cauces al potencial profético del pueblo de Dios, rompiendo silencios, liberándonos de miedos y reavivando la esperanza.

Para generar una dinámica de renovación evangélica no basta que el papa Francisco multiplique sus llamadas. Es necesario que pongamos en marcha en nuestras parroquias y comunidades procesos de conversión a Jesús. El mismo Francisco reconoce que «necesitamos crear espacios motivadores y sanadores [...] lugares donde regenerar la propia fe». En el

último capítulo presento una propuesta concreta: los *Grupos de Jesús*. Su objetivo es vivir juntos un proceso individual y grupal de conversión a Jesús ahondando en lo esencial del Evangelio. Es un camino concreto para regenerar la vida de nuestras parroquias.

Los responsables de las comunidades no siempre tienen tiempo ni medios para preparar estas cosas. El proceso que propongo es fácil de poner en marcha. En el pueblo de Dios hay no pocas personas que quieren conocer mejor a Jesús y vivir su fe de manera más viva y gozosa. Estos «Grupos de Jesús» no requieren necesariamente la presencia de un presbítero. Los pueden llevar adelante sobre todo los laicos, hombres y mujeres.

Estos grupos pueden introducir en nuestras parroquias y comunidades ese «dinamismo evangelizador que actúa por atracción» del que habla el papa. En los próximos años podemos dar pasos decisivos hacia un nivel de vida cristiana más inspirada en Jesús y más entregada a colaborar en su proyecto del reino. De la crisis que hoy estamos viviendo pueden nacer parroquias y comunidades tal vez más pequeñas y humildes, pero también más alegres y evangélicas, mejor arraigadas en Jesús y más fieles a su llamada a construir un mundo más humano.

## LA RENOVACIÓN PASTORAL DESPUÉS DEL VATICANO II

Podemos decir que los principales modelos de acción pastoral que conocemos todavía hoy entre nosotros se han ido desarrollando a partir de un modelo tradicional que se fue configurando hacia los siglos v y vi, y se consolidó en el IV Concilio de Letrán el año 1215. Ha sido un modelo pastoral de extraordinaria fecundidad, que ha sostenido y alimentado la fe de los cristianos a lo largo de los siglos hasta que ha llegado la modernidad<sup>1</sup>.

La crisis de esta pastoral tradicional y el impulso renovador del Concilio Vaticano II contribuyeron a que muchas parroquias y comunidades cristianas se pusieran a buscar nuevos caminos para comunicar la fe cristiana en medio de una sociedad cada vez más secular y más descristianizada.

### 1. Crisis de la pastoral de transmisión

Durante muchos siglos, la tarea de la Iglesia ha sido transmitir la fe como una herencia recibida del pasado. Esta pastoral

---

<sup>1</sup> Ph. BACQ / Ch. THÉOBALD (eds), *Una nueva oportunidad para el Evangelio. Hacia una pastoral de engendramiento*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2011, pp. 11-14.

estaba perfectamente integrada en esa sociedad, pues se vivía en una cultura donde las creencias, valores y comportamiento se transmitían de una generación a otra de manera espontánea y casi natural. Una persona se hacía cristiana adoptando la manera de pensar, los comportamientos y las prácticas de sus antepasados cristianos. En este contexto socio-cultural, la acción principal de la Iglesia ha consistido en transmitir fielmente la doctrina, la moral, la práctica de los sacramentos, las devociones, la oración y la disciplina de la Iglesia.

Esta pastoral de transmisión es una «pastoral de encuadramiento», pues encuadra al cristiano en el territorio concreto de la parroquia, fijando la trayectoria de su vida religiosa desde su nacimiento (bautismo) hasta su muerte (extremaunción). Los pilares de esta pastoral son el cura, la parroquia y los sacramentos. El ritmo de la vida cristiana gira en torno a la misa dominical y, eventualmente, el sacramento de la confesión. El cura, que vive junto a la iglesia parroquial, asegura con su autoridad la unidad de la parroquia: convoca a los fieles; celebra para ellos la misa y los sacramentos; predica la doctrina cristiana, y vigila para que se cumpla la disciplina eclesiástica.

Esta pastoral, desarrollada durante más de ocho siglos sin grandes cambios, ha logrado dar gran estabilidad y homogeneidad al movimiento de Jesús, convirtiéndolo en una religión vivida territorialmente en torno a un lugar de culto donde los cristianos, registrados oficialmente como bautizados, forman una «sociedad de cristiandad». Esta pastoral no solo es legítima, sino que ha sido, de hecho, la que ha guardado y transmitido hasta nosotros la memoria de Jesús, promoviendo en el pueblo cristiano grandes valores evangélicos.

Hoy, sin embargo, esta pastoral de transmisión se va haciendo cada vez más difícil, casi imposible. Y lo mejor es que en la Iglesia tomemos conciencia cuanto antes de que este modo concreto de transmitir la fe no funcionará en el futuro. Hemos dejado atrás la sociedad estática, tradicional y homogénea de otros tiempos, y hemos entrado en una sociedad dinámica y en continua evolución. Las nuevas generaciones no viven ya mirando al pasado, sino al porvenir, a lo nuevo, lo emergente. Los jóvenes no aprenden a vivir recordando a sus antepasados, sino alimentándose de las nuevas experiencias que les ofrece la cultura actual.

El hecho es de consecuencias graves. La transmisión de la fe no se puede concebir ya como una simple reproducción de la identidad cristiana de los antepasados; las nuevas generaciones no aprenderán a ser cristianas imitando a sus padres ni a sus sacerdotes o catequistas. Tendrán que descubrir la originalidad y la fuerza salvadora de Jesucristo por otros caminos; su manera de pensar, expresar o celebrar la fe no podrá ser la de sus padres o abuelos. Es decir, la pastoral de transmisión no puede seguir funcionando como modelo perpetuo que inspire la acción evangelizadora en la sociedad del futuro.

## 2. La búsqueda de nuevos caminos de acción pastoral

En pocos años, factores de diverso género nos han conducido rápidamente hacia una sociedad cada vez más secularizada y plural donde es fácil advertir una profunda crisis de



fe, alejamiento de la práctica dominical, disminución de bautismos, escasez de presbíteros, envejecimiento de las comunidades cristianas y un debilitamiento grande de la capacidad pastoral de la parroquia. Por eso, durante estos últimos años se ha ido produciendo una búsqueda de nuevas formas de acción pastoral y evangelizadora<sup>2</sup>. Señalaré solamente tres líneas de fuerza que están orientando los principales esfuerzos de esta búsqueda.

#### *a) Pastoral de acogida*

Dentro del clima renovador creado por el Concilio Vaticano II, pronto se plantearon diversas cuestiones de fondo: ¿qué es en realidad transmitir la fe? Lo que estamos transmitiendo, ¿es una adhesión viva a Jesucristo o una costumbre social que se está hoy diluyendo a medida que crece la secularización de la sociedad? ¿No hay que pasar de una fe sociológica a una fe más personalizada y responsable? ¿No es necesaria una participación más existencial y comprometida por parte de las personas en la gestación de su propia fe?

De estos planteamientos ha nacido una pastoral de la acogida más atenta a las diversas necesidades y situaciones, y más diversificada para responder de manera adecuada a las personas en medio de una sociedad en la que crece la descristianización. Así hemos visto cómo se han impulsado estos últimos años diferentes procesos de iniciación cristiana,

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 14-23.

catequesis de adultos, catequesis familiar, diversas iniciativas de preparación a la confirmación de los jóvenes...

Esta actitud de acogida ha significado una transformación muy positiva del modelo tradicional de transmisión de la fe. Señalo algunos rasgos más notables: acercamiento mucho mayor de los presbíteros a los laicos en actitud de reciprocidad, intercambio y colaboración; atención más adecuada a las demandas de los diversos grupos; mayor respeto al pluralismo religioso; acogida más cuidada a las personas según su situación de fe...

Sin embargo, apenas se ha logrado el objetivo de fondo que se pretendía: la transformación progresiva de las parroquias en verdaderas comunidades cristianas, capaces de acoger e iniciar en la fe a personas procedentes de diversos ámbitos más o menos secularizados. Gilles Routhier, conocido pastoralista canadiense, observa que todos los esfuerzos realizados en Quebec en esta línea desde la década de los setenta han sido casi vanos<sup>3</sup>. Entre nosotros, el resultado más positivo es tal vez el nacimiento de diversos grupos cristianos de estilos y trayectorias diferentes, pero con poca irradiación evangelizadora.

### *b) Pastoral de propuesta de la fe*

Mientras tanto, en la vida real de las parroquias han ido apareciendo nuevas dificultades y problemas a medida que se ha

---

<sup>3</sup> G. ROUTHIER, «L'initiation chrétienne au Québec ou la difficulté à enfanter», en *Lumen Vitae* LVI/4 (2001), p. 273.

ido erosionando el cristianismo tradicional: el abandono de la práctica religiosa se ha generalizado en las nuevas generaciones; cada vez son menos los que se acercan a recibir los sacramentos (bautismo, confirmación, matrimonio...); los presbíteros y los colaboradores en las tareas pastorales han ido envejeciendo...

Todo ello ha obligado a hacernos nuevas preguntas. ¿Es suficiente acoger a los que se acercan a la parroquia demandando algún servicio? ¿No es esta una actitud excesivamente pasiva en unos tiempos en que vemos cómo se va apagando la fe en la sociedad, en los hogares y en las conciencias? ¿Basta la acogida para cumplir la tarea que Jesús confía a sus discípulos cuando les envía a anunciar la Buena Noticia de Dios y a abrir caminos a su reinado? ¿Es suficiente una pastoral inspirada en «sobrevivir» o «morir con dignidad»?

Estos años ha tenido bastante eco en Europa el planteamiento hecho por la Conferencia Episcopal de Francia en noviembre de 1994 con este significativo título: *Proponer la fe en la nueva sociedad*<sup>4</sup>. Según los obispos franceses, comunicar la fe en la sociedad secularizada y plural de nuestros días exige aprender un estilo diferente de acción pastoral. Hemos de pasar de una actitud marcada inconscientemente por la nostalgia del pasado o por un deseo proselitista ingenuo a otro modo de comunicar la fe. Esta es la opción básica del episcopado francés: «Nosotros hemos de acoger el don de Dios en

---

<sup>4</sup> *Proposer la foi dans la société nouvelle. Lettre aux catholiques de France*. París, Cerf, 1997.

condiciones nuevas y, al mismo tiempo, volver a encontrar el gesto inicial de la evangelización: el de la proposición simple y resuelta del Evangelio de Cristo»<sup>5</sup>.

Este cambio de actitud es muy importante. «Proponer la fe» no es solo responder a las demandas religiosas de quienes se acercan a la Iglesia. Significa además tomar la iniciativa y atrevernos a presentar la fe cristiana en el interior de una sociedad que se desliza hacia la indiferencia y el olvido de Dios. Pero, por otra parte, proponer la fe no es volver al modelo tradicional de transmisión. Jean Rigal, teólogo y pastoralista del Instituto de Estudios Religiosos de Toulouse, describe así la «propuesta de la fe»: «Se trata de proponer sin imponer, despertar las conciencias sin buscar dominarlas, dar testimonio de un sentido sin esperar que será reconocido por todos, anunciar la fe cristiana en medio de múltiples mensajes: “Si tú quieres”, repetía Jesús. Lo mismo la Iglesia: su misión es hacer una llamada a la libertad de las personas y a su conciencia»<sup>6</sup>.

El documento del episcopado francés significa, sin duda, un cambio muy positivo en la actitud evangelizadora. La Iglesia no debe ser percibida en ningún lugar como una institución que impone, juzga o amenaza desde su autoridad sagrada indiscutible, sino como un lugar de libertad y de invitación desde el que se propone la fe cristiana. En esta línea se han impulsado en Francia y en otros lugares diversas iniciativas con personas alejadas, algunos catecumenados de adultos y,

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, n. 37.

<sup>6</sup> J. RIGAL. *L'Église en chantier*. París, Cerf, 1997, pp. 76-77.

sobre todo, el importante trabajo de los *recommençants*, impulsado, sobre todo en sus inicios, por Henri Bourgeois en Lyon para acompañar a quienes buscan de nuevo la adhesión a la fe cristiana<sup>7</sup>.

### *c) Pastoral de diálogo*

Pero la búsqueda no cesa. Constantemente se suscitan nuevas cuestiones y planteamientos. Sin duda, es necesario proponer la fe en esta nueva sociedad, pero, ¿no exige esto dialogar con los hombres y mujeres de hoy? ¿Es posible proponer la Buena Noticia de Jesucristo sin escuchar antes los interrogantes del mundo actual? ¿Qué ha de ser la Iglesia? ¿Una institución llamada solo a proponer a otros su verdad? ¿No tiene ella nada que escuchar de los demás? Por otra parte, ¿no estamos todos llamados a escuchar la Buena Noticia de Jesucristo desde esta nueva situación sociocultural? Los que proponen la fe, ¿no necesitan escuchar también ellos la llamada a la conversión? ¿No ha de escuchar la Iglesia las llamadas de Dios, que nos llegan a todos desde esta sociedad donde él sigue actuando en las conciencias de todos sus hijos e hijas?

Durante estos últimos años se ha ido tomando conciencia de que la Iglesia ha de actuar siempre con espíritu de diálogo

---

<sup>7</sup> H. BOURGEOIS, *Los que vuelven a la fe*. Bilbao, Mensajero, 1995; ID., *À l'appel des recommençants. Evaluations et propositions*. París, Ed. de l'Atelier, 2001; J. A. PAGOLA, *Creer, ¿para qué? Conversaciones con alejados*. Madrid, PPC, 2012; ID., *Escuchar a los alejados*. San Sebastián, Idatz, 2005.

con todos, pero, en la práctica, apenas se ha logrado abrir caminos nuevos. Ya Pablo VI había intentado impulsar el diálogo en su importante encíclica *Ecclesiam suam*, pero con poco éxito. Después de tantos siglos promoviendo el anuncio de la fe, ignorando el diálogo, no es fácil ahora aprender a dialogar de un día para otro. ¿Cómo promover el diálogo sin caer en estrategias convencionales o interesadas? ¿Con quiénes podemos dialogar? ¿En qué espacios humanos de esta sociedad es posible dialogar? ¿En torno a qué? ¿Sobre qué bases?

En lo que yo puedo conocer, los pasos más importantes se han dado, de manera callada pero práctica, en la pastoral de preparación a los sacramentos (encuentro con padres de bautizados, preparación de matrimonios...), donde algunos presbíteros y colaboradores pastorales logran crear un clima fraterno y dialogante, en actitud abierta de mutua escucha, con los que se acercan a la parroquia. Sin embargo, a pesar de las iniciativas que se vienen ensayando, en la Iglesia seguimos pensando en buena parte según el esquema de la oferta y la demanda: en la Iglesia tenemos una «oferta» que responde a las «demandas» más profundas del ser humano. Este esquema conduce a planteamientos y preguntas de este género: ¿por qué al hombre o a la mujer de hoy no le interesa la oferta de la Iglesia? ¿Cómo puede hoy la Iglesia mejorar su oferta y hacerla más atractiva? La cuestión de fondo, sin embargo, es otra: ¿es este planteamiento el más adecuado para suscitar hoy la fe en la conciencia de las personas que viven en medio de la sociedad moderna?

- ▶ ¿Cómo fue acogida en nuestra parroquia o comunidad la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II? ¿Qué recuerdos ha dejado entre nosotros?
- ▶ ¿Cuáles son los frutos más notables que se pueden constatar hoy en la celebración de la liturgia, clima de vida cristiana, planteamientos pastorales... de nuestra parroquia o comunidad?
- ▶ ¿Ha llegado el momento de recuperar las líneas de fuerza del Concilio con realismo, pero con espíritu renovador y la mirada puesta en el futuro de nuestras parroquias y comunidades? ¿Qué se siente entre nosotros?

## LA RENOVACIÓN PARALIZADA POR EL MIEDO

Los esfuerzos de renovación impulsados desde el espíritu y las líneas de fuerza del Concilio Vaticano II se han ido diluyendo rápidamente estas últimas décadas. En poco tiempo, los cristianos hemos tomado conciencia de la gravedad de la crisis religiosa que se está produciendo en Europa. Los estudios sociológicos, las encuestas y sondeos no hacen sino confirmarnos lo que podemos percibir día a día entre nosotros. Cada vez conocemos mejor lo que se encierra detrás de esos términos que van repitiendo los analistas: «ausencia de Dios», «nihilismo», «eclipse de Dios», «vaciamiento religioso de las conciencias», «secularización», «era poscristiana»...

Esos estudios no hablan solo de la crisis religiosa. Se detienen también a analizar la situación crítica y decadente de las Iglesias cristianas. Los datos no pueden ser más negativos: descenso de la práctica religiosa; abandono de la Iglesia por parte de amplios sectores; envejecimiento de las personas y de las estructuras; dificultad creciente para transmitir la fe a las nuevas generaciones; disminución de vocaciones para el servicio presbiteral y para la vida consagrada... Esta situación ha generado estos últimos años un estado de ánimo marcado por el desaliento, la impotencia o la pasividad. Estas son las palabras que más se repiten en muchos análisis y estudios pastorales.



No es posible calcular el número de presbíteros, religiosos y religiosas o laicos que siguen trabajando fielmente, como siempre, aunque en su interior viven secretamente convencidos de que sus comunidades no tienen futuro. Es muy triste ver que unas generaciones cristianas que acogieron la renovación conciliar con alegría y entusiasmo viven hoy sumidas en un clima generalizado de decepción, desengaño y tristeza. ¿Qué está pasando? ¿Hasta cuándo hemos de seguir sin reaccionar? ¿Cómo hemos de leer los signos de estos tiempos de crisis a la luz del Evangelio?

Comencemos por señalar tres «hechos mayores» que nos pueden ayudar a entender mejor lo que ha estado sucediendo entre nosotros estas últimas décadas.

## 1. La reacción de autodefensa

No es difícil observar cómo estos últimos años han ido tomando cuerpo en la Iglesia actitudes de nerviosismo y comportamientos pastorales generados más por el instinto de conservación que por el Espíritu de Cristo, que es siempre «dador de vida». Podemos decir que ha ido creciendo en ciertos sectores una actitud autodefensiva que está lejos del Espíritu de misión que Jesús comunicó a sus discípulos para salir a anunciar la Buena Noticia de Dios, abriendo caminos a su reinado de paz, como «corderos en medio de lobos» (Lucas 10,3).

Esta actitud ha llevado a no pocos a ver en la sociedad moderna «el gran adversario de la Iglesia», que quiere destruir de raíz la fe cristiana. De manera casi inconsciente se puede llegar

así a hacer de la denuncia y la condena todo un programa pastoral, incluso la tarea más decisiva y urgente de la Iglesia. Claude Dagens, antiguo portavoz de la Conferencia Episcopal Francesa, advertía que, en algunos sectores, «se hace de la fe una contracultura y de la Iglesia una contrasociedad»<sup>1</sup>. Desde esta actitud es prácticamente imposible anunciar al Dios de Jesús como el mejor Amigo del ser humano, y comunicar su compasión a todos, por muy «perdidos» que puedan aparecer ante nuestros ojos.

El miedo invita también a buscar en el interior de la Iglesia a los culpables de un estado de cosas tan complejo y doloroso para todos. Para algunos, los verdaderos y casi únicos culpables son los dirigentes de la Iglesia, una jerarquía incompetente y poco lúcida, paralizada por el miedo, cerrada a los tiempos modernos y poco abierta a las llamadas del Espíritu. Para otros, por el contrario, son los teólogos disidentes quienes están minando la fe verdadera, desmantelando la Iglesia, erosionando su prestigio y ofreciendo a los adversarios más razones para sus ataques.

Mientras tanto, apenas se escucha la voz del pueblo creyente y, aunque se hacen llamadas convencionales a buscar la comunión, no se alimenta una dinámica de diálogo ni se hacen esfuerzos por aunar energías, sino que crecen las mutuas descalificaciones y enfrentamientos entre obispos y teólogos; entre teólogos de diferentes tendencias; entre movimientos, comunidades, grupos o *blogs* de signo diferente. No es fácil que una Iglesia de estas características pueda transmitir a la sociedad actual un testimonio de esperanza y un mensaje de aliento.

---

<sup>1</sup> Cl. DAGENS, *Aujourd'hui l'Évangile*. París, Parole et Silence, 2009, p. 18.

## 2. La opción por el restauracionismo

En unos momentos en que probablemente habría que tomar decisiones de gran alcance tanto en lo disciplinar como en lo pastoral para estar activamente presentes en la sociedad moderna y en su devenir hacia un futuro incierto, los dirigentes de la Iglesia han decidido, al parecer, encerrarse en la restauración, con el riesgo de hacer del cristianismo una religión del pasado, cada vez más anacrónica y menos significativa para las nuevas generaciones. En vez de caminar con los hombres y mujeres de hoy, colaborando desde el proyecto del reino de Dios en la marcha hacia una sociedad más justa, más fraterna y más digna del ser humano, la Iglesia se ha ido encerrando en la conservación firme, rígida y disciplinada de su tradición religiosa, convencida de que esto es lo mejor en estos tiempos en los que la sociedad se aleja progresivamente de Dios y de la moral cristiana para deslizarse hacia el nihilismo y el vacío moral.

El Concilio Vaticano II significó un giro que abrió horizontes de libertad, de apertura y de creatividad que hasta entonces estaba prohibido soñar. Se dieron pasos muy importantes en la línea de la afirmación de la libertad religiosa, el respeto a la autonomía de lo temporal, el diálogo con el mundo o el servicio a la sociedad moderna. Se abrieron posibilidades nuevas para impulsar la evangelización, la renovación de la celebración litúrgica, la animación de las comunidades cristianas y la corresponsabilidad del pueblo de Dios. Tal vez faltó una preparación de los espíritus y un esfuerzo sostenido de conversión humilde.

Pronto se despertó el miedo y a muchos les entró el vértigo. Los años turbulentos vividos después del Concilio han ido llevando a la cúpula de la Iglesia a una decisión: hay que dar marcha atrás. Son muchos los que han pensado que era necesario rectificar el proceso de renovación conciliar de modo prudente, pero firme; cortar el proceso de decadencia y confusión propiciado por el Concilio. No es posible seguir permitiendo orientaciones doctrinales ni prácticas pastorales que están introduciendo en la Iglesia el espíritu de la modernidad.

En este clima se ha ido filtrando poco a poco en muchos ámbitos y niveles de Iglesia un conservadurismo religioso que está muy lejos del espíritu profético y creativo de Jesús: se controla de cerca la investigación teológica y la orientación de las editoriales católicas; se vigila el cumplimiento estricto de la normativa ritual sin concesión alguna a la creatividad; si alguien pretende abrir caminos nuevos a las exigencias del Evangelio, se le impedirá ir más allá de lo enseñado y mandado por la autoridad. Poco a poco hemos hecho una Iglesia en la que es difícil encontrar espacios para la creatividad y la búsqueda de caminos nuevos. Se diría que lo único que hay que hacer en estos tiempos de profundos cambios socioculturales es conservar y repetir el pasado. No es fácil reconocer entre nosotros el Espíritu de Jesús llamándonos a traducir hoy en nuestra cultura su deseo de poner «el vino nuevo en odres nuevos» (Marcos 2,22).